

# Cuando el destino nos alcanzó

Como resulta obvio suponer y afirmar, a una mayor escala urbana los efectos de los desastres naturales se pueden incrementar hasta volverse irreversibles e irreparables. Tal parece ser el caso del Distrito Federal y su insaciable base urbana e industrial. Los recortes al suministro de agua que habrán de aplicarse a partir de hoy no son sino meros síntomas de una enfermedad aguda y peligrosa.

**P**ara todos aquellos que nacimos antes de la década de 1970, la referencia a la película de ciencia ficción *Cuando el destino nos alcance* resulta fascinante y poderosa. El hipotético escenario en el que se agotarían los recursos naturales, y en el que los paisajes boscosos serían sólo recuerdos de un pasado muy remoto, constituyó una invocación fatídica que, pese a todo, nunca tomamos muy en serio. Además, la espectacular actuación de Charlton Heston daba un tono de dramatismo y aventura que terminaba por poner, en el lejano reino de lo impensable, lo que ocurría en la pantalla del Cinemascope.

A casi 26 años de distancia, y estando de por medio una infinidad de nuevas historias que han combinado realidad y ficción, el argumento original de la historia escrita por Harry Harrison se ha vuelto más contundente y preclaro. Difícilmente, alguien podrá cuestionar hoy en día, como muchos lo hicieron en los revueltos años 70, que los recursos naturales se están agotando y que un colapso social está a unos cuantos pasos, por la escasez de suelo, agua y aire limpio. La conocida hipótesis de que las guerras del futuro serán por el acceso al agua ya no es tampoco algo a lo que no asignemos una cierta dosis de realismo y factibilidad.

Y así como en el Nueva York del 2022, retratado en la película dirigida por Richard Fleischer, poco a poco los escenarios contemporáneos se han ido configurando como catástrofes anticipadas. Durante 2008 pudimos presenciar cómo las calles de Nápoles se llenaron de los desechos urbanos de sus propios habitantes, ante la falta de sitios apropiados pa-

ra su disposición final. Barcelona se vio obligada —también durante 2008— a importar agua potable en buques-tanque, por el agotamiento de sus fuentes de abastecimiento regular. Recientemente,

en el barrio bonaerense de Quilmes el agua de las cloacas invadió calles y avenidas, generando una emergencia sanitaria que los vecinos tuvieron que denunciar, ante la indiferencia de las autoridades. Como resulta obvio suponer y afirmar, a una mayor escala urbana los efectos de los desastres naturales se pueden incrementar hasta volverse irreversibles e irreparables. Tal parece ser el caso del Distrito Federal y su insaciable base urbana e industrial. Los recortes al suministro de agua que habrán de aplicarse a partir de hoy no son sino meros síntomas de una enfermedad aguda y peligrosa. Analicemos a detalle esta suerte de crisis ambiental anticipada. Hagámoslo convencidos; además, de que nuestro destino nos ha alcanzado ya, con todas sus anatemas y execraciones.

Aunque la más evidente, la crisis social relacionada a la falta de agua, no es sencilla de definir y dimensionar. El hecho de que no todos los habitantes de la Zona Metropolitana serán afectados de la misma ma-

nera por los recortes muestra ya algunos de los ángulos más dramáticos de este problema. Las diferencias sociales de ingreso y estatus existen también en el tendido y operación de las redes de agua potable. No se trata de una descripción grotesca cuando se afirma que a los barrios y colonias pobres les tocará asumir la mayor parte de los costos económicos y sociales que la restricción del agua generará. Esto es así simple y llanamente por el hecho de que los sectores menos

favorecidos no cuentan con las mismas opciones para paliar la falta del vital líquido que las de grupos mejor acomodados. Desde la para algunos simple opción de “irse a bañar al



Fecha 31.01.2009	Sección Opinión	Página 4
---------------------	--------------------	-------------

club" o a casa de la abuela, hasta la posibilidad de pagar para contar con un suministro especial. En cualquier caso, y aun cuando las autoridades capitalinas hayan previsto esquemas compensatorios, como la distribución en camiones, las diferencias sociales prevalecerán.

Desde otra perspectiva, la necesidad de restringir el suministro del agua se muestra como un problema de escasez económica. En este caso, la cuestión central reside en entender, más allá de razonamientos de índole política, cómo es posible sostener una aglomeración humana en un entorno que agotó desde hace varios lustros sus recursos más esenciales. El tamaño e importancia de la ciudad de México no se justifica más por lo que es capaz de producir en términos de riqueza y bienestar; sino por el desafío que resulta de romper con su tendencia de absorberlo todo y de demandar del resto del país sacrificios continuos. En palabras de un viejo activista del norte del país, cada que en el DF se construye un nuevo edificio o una nueva infraestructura, en alguna parte del resto de México se pierden oportunidades de inversión, empleo y crecimiento. De lo anterior ha resultado, no obstante, una lógica que, paradójicamente, ha terminado por generar el resultado que se quiso evitar en primera instancia. Al traer de sitios cada vez más lejanos los recursos requeridos por la gran urbe, ésta se ha vuelto dependiente de una provincia a la que desdeñó y expolió. La provincia, al ver invertidos ahora los términos de la relación que la dominó por décadas, opta por cobrar viejas facturas e incurrir en los mismos pecados de exceso y abuso. El resultado último de todo esto es una gran deuda ambiental, pues toca a los entornos naturales pagar los excesos de unos y otros. Así lo indican los diagnósticos aplicados al caudal del Sistema Cutzamala y a las siete presas que lo conforman. De ser cierto lo dicho por algunos analistas y expertos en materias ambientales, la deforestación y la explotación irracional de las cuencas de las que se alimenta el Cutzamala son las causas principales de la reducción significativa de su caudal. Tal deforestación y explotación irracional se deben, en gran medida, a las necesidades de suelo y re-

recursos que la expansión urbana y productiva del corredor humano asentado sobre el trazo del sistema de agua ha generado de forma incesante en las últimas dos décadas.

Cabe finalmente considerar la evidente insensibilidad política y social que

existe en torno a la situación descrita. Aun cuando hay voces tanto individuales como institucionales que alertan sobre la tendencia al incremento del problema, la percepción general es que los recortes serán estrictamente temporales y que, una vez que llegue la temporada de lluvias, todo volverá a la normalidad y los chilangos podremos centrar nuestra atención en lo que verdaderamente nos importa, el fútbol y las elecciones de julio de este año. Tal es el grado de cinismo en este asunto que, incluso, algunos políticos han pedido que no se politice el tema del agua y que se permita que las autoridades se hagan cargo del mismo. La petición no sólo es absurda, sino también ingenua, pues asume que la vieja fórmula de buscar una nueva fuente de recursos hi-

dráulicos servirá para resolver la crisis. A menos que estén pensando que el Golfo de México es el siguiente pozo, no parece haber una solución adecuada.

Confiemos que de entre la maraña de sueños absurdos que nos dominan surja una propuesta ciudadana que evite que, como en el Nueva York de Heston en el 2022, estemos dispuestos a destruir todo lo que nos rodea y a devorarnos a nosotros mismos.



**José Sosa**  
ppsosa@hotmail.com